

LA FAMILIA, PRIMERA ESCUELA DE LA FE Y ÁMBITO PRIVILEGIADO DEL AMOR

Carta Pastoral en el “Año de la Fe” sobre la transmisión de la fe y el amor en la familia

*“Lo que oímos y aprendimos,
lo que nos contaron nuestros padres
no lo ocultaremos a nuestros hijos,
lo contaremos a nuestros nietos:
el poder de Dios y sus grandes acciones,
¡las maravillas que puede realizar!”
Salmo 78, 3-4*

Queridos hermanos:

1. En mi experiencia como sacerdote, siempre me ha impresionado la vital, delicada y estrecha relación entre la fe y la familia. Hasta el punto que, lo que lo que digo de una, casi siempre lo puedo afirmar de la otra. Tanto si se trata de sus fortalezas como de sus crisis. Una sostiene a la otra. Una alimenta a la otra. Si una falla, la otra se resiente. Si una está sana, la otra crece sin esfuerzo.

En estos tiempos de la Argentina, parecieran estar las dos en dificultades¹: la fe se debilita progresivamente en nuestro pueblo y la familia se vuelve inconsistente y ausente. Como consecuencia la tarea de transmitir la fe a las nuevas generaciones se hace más ardua y frente a este hecho, la tentación del desaliento pastoral es real².

Durante el año 2009, he tenido la oportunidad de reflexionar sobre la familia y la fe con responsables de la catequesis familiar de distintas parroquias de la diócesis. A ellos va mi sincero agradecimiento por los momentos compartidos. Espero poder reflejar en estas páginas, algunas de las conclusiones a las que llegamos en esos encuentros.

La feliz iniciativa del Santo Padre Benedicto XVI, de convocar a celebrar un “Año de la fe”, como un tiempo de gracia espiritual y una privilegiada oportunidad de redescubrimiento de nuestra fe, me ofrece una ocasión providencial para entregarles esta Carta, con la ilusión de despertar en todos el entusiasmo de comunicar la fe.

¹ “Todos somos conscientes del debilitamiento de la práctica religiosa de las familias cristianas y de cómo la aceleración de la vida cotidiana ha sumergido a las personas en sus preocupaciones más urgentes postergando las necesidades vitales más profundas, incluidas las religiosas” APF 89.

² “Vivimos tiempos donde muchos católicos se distancian de la participación litúrgica, se reapropian subjetivamente de los valores de la fe, “privatizan” sus convicciones morales, y rehacen a su modo las formas de creer y pertenecer” APF 89.

2. Mi intención al escribirles, es animar fraternalmente a los padres, primeros responsables de la educación de sus hijos y primeros anunciadores de la fe, a comprometerse efectivamente en esta hermosa misión; y alentar en nuestras parroquias, capillas y colegios, la conveniente pastoral familiar que los acompañe y sostenga en este camino de educación en la fe y en el amor cristiano de sus hijos.

Esta Carta quiere sumarse, además, al camino iniciado por nuestra diócesis para celebrar en este año su Asamblea, espacio privilegiado de discernimiento evangélico comunitario de los signos de los tiempos, obedeciendo a la palabra de Jesús, que decía a sus discípulos: “Ustedes saben discernir el aspecto de la tierra y del cielo; ¿cómo entonces no saben discernir el tiempo presente? ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?”³.

Por eso, les pido que lean estas sencillas páginas que siguen, con espíritu de “discernimiento”, apuntando más a las nuevas y numerosas posibilidades que se nos ofrecen para anunciar el Evangelio en nuestras relaciones familiares cotidianas, que a los obstáculos que en esta tarea se nos presentan, considerando nuestro tiempo como un “tiempo de gracia”, sin añorar nostálgicamente el pasado, sin lamentarnos inútilmente por el presente, sin angustiarnos innecesariamente por el futuro.

Ser capaces de interpretar la compleja situación actual

3. Nos encontramos hoy en una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente nuestra vida. En nuestro lenguaje se han hecho comunes expresiones tales como: desorientación, confusión, tensión, inestabilidad, inseguridad, transformaciones vertiginosas, incertidumbre, desorden, fragmentación, etc.

Estamos “en medio de una etapa de transición de un mundo de significados y valores que se derrumba ante nuestros ojos y uno nuevo que no termina de plasmarse... en donde las instituciones (matrimonio, familia, escuela, parroquia, etc.) sufren desgaste y deterioro al caer muchos ideales tradicionales, al debilitarse prácticas y formas organizativas, y al cuestionarse roles establecidos”⁴. Esto genera una notable dificultad para transmitir una forma de vida determinada, mientras que la distancia cultural entre las generaciones se acrecienta y los jóvenes ya no suelen recibir con valoración los modelos heredados de sus mayores⁵.

4. Aunque el nivel más hondo de este cambio es cultural, presenta también importantes desafíos a la vida familiar, debilitando los vínculos y favoreciendo la dispersión. También compromete la vivencia de la fe,

³ Lc 12, 56-57.

⁴ APF 21.

⁵ Cf APF 22.

acentuando el proceso de secularismo e interrumpiendo los canales tradicionales de transmisión de la fe: “nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe”⁶.

La tendencia a la indiferencia religiosa, favorecida por el establecimiento de unos modelos de vida cada vez más desconectados y más difícilmente compatibles con el reconocimiento efectivo de la soberanía y la paternidad de Dios, se profundiza en un ambiente cultural que implica y propaga la infravaloración y el menosprecio de la religión como algo impropio de los tiempos, sin base racional, sin utilidad práctica, con gran riesgo de autoritarismo y fanatismo.

Sobre la fe y la religiosidad ha caído la sospecha de ser actitudes incompatibles con el desarrollo científico de la sociedad, enemigas de la felicidad humana, disfrutada en una sociedad verdaderamente libre y placentera. Sin preocuparse demasiado para comprobar sus fundamentos y su veracidad, la gente va asimilando la idea de que para vivir a gusto es mejor prescindir de la religión y de la moral objetiva, relativizando las enseñanzas de la Iglesia y la importancia de Dios en la propia vida.

5. Durante siglos la fe ha ido pasando pacíficamente de padres a hijos sin que cayéramos en la cuenta de la importancia que tenía esa transmisión en la vida de la Iglesia. En la mayoría de las familias cristianas, con la primera educación y las primeras ayudas para despertar en nosotros la vida consciente, se nos ofrecían las realidades de la fe, invitándonos a aceptarlas y tenerlas en cuenta con plena naturalidad. La fe crecía en las nuevas generaciones por la influencia del ambiente familiar, por los ejemplos de los mayores y por el apoyo de una cultura que incorporaba las referencias religiosas con toda normalidad. La visión del mundo que se nos transmitía en la vida familiar, no era algo cerrado, a la cual tuviéramos que añadirle más tarde la presencia de un Dios sobrevenido y casi postizo, sino que recibíamos desde el primer momento una visión del mundo ya iluminada y transformada por la fe, en la que Dios estaba presente y actuante desde el principio.

6. Ahora, ese proceso se ha alterado, y el medio de transmisión de la fe, más normal y más efectivo durante siglos se está desmoronando lenta y calladamente. Lo más frecuente es que, niños y jóvenes, adquieran una visión del mundo privada de referencias religiosas, en la que Dios, Jesucristo, la Iglesia, la vida eterna y las características de una vida cristiana y santa, se dejan

⁶ DA 39

a un lado como realidades de segundo orden, “opcionales”, no necesarias, ni plenamente reales, cuando no inexistentes y hasta perjudiciales.

7. Como cristianos, podemos ser capaces de descubrir el paso de Dios por los acontecimientos que nos toca vivir y por el momento histórico-cultural en el que nos encontramos, interpretando y discerniendo⁷, a la luz de la fe, lo que el mismo Señor nos manifiesta en “los signos de los tiempos”, abriéndonos al llamado que Él nos hace desde la realidad, sin apresurar las respuestas antes de escuchar las preguntas, ni de ofrecer propuestas antes de reconocer las necesidades⁸.

En estos tiempos nuestros en que los discursos parecen gastados es bueno recordar que también se evangeliza provocando preguntas. Por ahí debería empezar la tarea misionera. Jesús suscitó muchas preguntas. Precisamente porque creaba interrogantes logró que muchos lo siguieran: ¿De dónde le viene esta sabiduría? ¿Con qué autoridad expulsa los demonios? ¿Quién es ese? Sólo cuando la presentación de Jesús o la presencia de los cristianos suscitan una pregunta, hemos encontrado el presupuesto que hace audible la respuesta. Pues si no somos capaces de plantear preguntas, a nadie interesarán nuestras respuestas, pues toda respuesta encuentra sentido en el contexto de la pregunta que la ha suscitado. Una respuesta sin pregunta previa, muchas veces carece de sentido y difícilmente se entiende. Si mi vida no suscita interrogantes o deja indiferentes a los que me ven, debo preguntarme por la calidad de mi fe cristiana.

En la familia cada uno recibe la fe y la da

8. La familia, antes de transmitir la fe, debe recibirla y custodiarla. Nadie da lo que no tiene. Existe una íntima relación entre el recibir y vivir la fe como un “don” y la fortaleza necesaria para transmitirla a los demás. Cuanto más madura es la fe, más convincente es el testimonio misionero; cuanto más decidido es este testimonio, más intensa se hace la experiencia de la fe vivida.

El primer servicio que toda la comunidad cristiana deberá ofrecer a las familias es, entonces, el ayudarlas a recibir, descubrir, valorar, conservar y celebrar la fe en Jesucristo. La identidad más profunda de la pastoral familiar

⁷ “La compleja situación actual (...) exige no sólo ser conocida, sino sobre todo interpretada. (...) Ello lo exige la ambivalencia y a veces el carácter contradictorio que caracterizan las situaciones, las cuales presentan a la vez dificultades y posibilidades, elementos negativos y razones de esperanza, obstáculos y aperturas, a semejanza del campo evangélico en el que han sido sembrados y «conviven» el trigo y la cizaña (cf. *Mt* 13, 24ss.). No siempre es fácil una lectura interpretativa, que sepa distinguir entre el bien y el mal, entre signos de esperanza y peligros (...) no se trata sólo y simplemente de acoger los factores positivos y constatar abiertamente los negativos. Se trata de someter los mismos factores positivos a un cuidadoso discernimiento, para que no se aislen el uno del otro ni estén en contraste entre sí, absolutizándose y oponiéndose recíprocamente. Lo mismo puede decirse de los factores negativos: no hay que rechazarlos en bloque y sin distinción, porque en cada uno de ellos puede esconderse algún valor, que espera ser descubierto y reconducido a su plena verdad.” Juan Pablo II, Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis* 10.

⁸ CF APF 37.

consiste en ser una verdadera *pastoral de la fe*, que ofrece a las familias un itinerario de crecimiento en la vida de la Gracia, de la fe, y de unión con Cristo, para que en las relaciones recíprocas entre sus miembros, sean capaces de comunicarse mutuamente una auténtica experiencia de la fe que los une a Dios y entre sí.

9. La condición indispensable para transmitir la fe, es el encontrarse con la persona de Jesucristo vivo. Quien se encuentra con Él queda fascinado, y en razón de la gratitud y alegría que se produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro⁹.

Quisiera recordar, brevemente, algunos caminos de encuentro con Jesucristo, dejando que cada familia pueda, desde su propia experiencia de fe, concretarlos en el entramado de la vida de cada día:

- a) el camino de la Sagrada Escritura, Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo. Esta Palabra debe resonar en nuestro hogar, si queremos que nuestra fe se reavive, porque ella es obediencia a Dios que habla. Un modo muy sencillo para hacerlo es seguir la lectura del Evangelio que, para cada día, nos propone la Liturgia. Otra forma interesante, es el ejercicio de la lectura orante de la Escritura (*lectio divina*) hecha en familia, con sus cuatro momentos: lectura (¿qué dice el texto?), meditación (¿qué nos dice el texto?), oración (¿qué le digo al Señor como respuesta a su Palabra?), contemplación (durante la cual asumimos como don de Dios la misma mirada para juzgar la realidad y nos preguntamos: ¿qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?).
- b) a la Palabra de Dios respondemos, sobre todo, con la oración, que es la voz de la fe y que se traduce en adoración, acción de gracias, arrepentimiento, intercesión. La oración debe llegar a formar parte de lo cotidiano y lo familiar. Cualquier circunstancia familiar es buena para sentir que se cumple en nosotros la promesa de Jesús: “donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos”¹⁰
- c) la Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo. Por eso es importante que la familia “viva según el domingo”, asumiendo la participación activa en la celebración eucarística dominical como una necesidad interior: sin ella no habrá discípulos misioneros maduros, porque “Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía”¹¹
- d) se encuentra, también, a Jesucristo en la vida de los que viven de Él y como Él, en las comunidades eclesiales que viven en la fe y el amor fraterno, en los marginados, pobres, afligidos y enfermos¹². Así, nuestra vida se va “conformando” a la de Jesús y a sus opciones,

⁹ Cf. DA 145.

¹⁰ Mt 18, 20.

¹¹ DA 252.

¹² Cf. DA 257.

magníficamente resumidas en las bienaventuranzas evangélicas, que constituyen Su “lógica” y sostienen un estilo de vida nuevo, diverso, “alternativo” al estilo “del mundo”.

No somos heraldos de una idea, sino testigos de una Persona

10. Comunicar la fe implica, en primer lugar, “escuchar” atentamente el corazón del hombre, conocer sus deseos, sus expectativas, sus necesidades¹³. La respuesta a estos interrogantes no puede ser un discurso, sino una vida, porque el cristianismo es vida. De hecho, si el anuncio de la fe se vuelve persuasivo para aquel que lo recibe, es porque implica una respuesta a la inquietud más profunda de su corazón. Cuando falta la percepción del cristianismo y de la Iglesia como una vida, se pierde la posibilidad de dar una respuesta adecuada a la necesidad de la gente, porque evangelizar es mostrar el camino de la felicidad y enseñar el arte de vivir. La fe da vida, una vida verdaderamente humana en comunión y en comunidad.

11. La transmisión de la fe empieza por un encuentro humano¹⁴ que provoca una fascinación y suscita una pregunta: esa vida que tienes ¿de dónde procede, dónde se puede encontrar? La palabra que responde a esa pregunta, da razón de la novedad encontrada: Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por nuestra salvación, que sigue presente hoy en el signo de la Iglesia¹⁵:

12. La forma propia de comunicar la fe cristiana es el testimonio, donde se unen intrínsecamente hechos y palabras. El testigo, es una persona que, viviendo la fe en su vida cotidiana, demuestra que sólo de esta manera puede hacerse comprensible el contenido del mensaje. No es tanto una cuestión de

¹³ "Es fácil advertir que las cosas que proporciona sólo un mundo material o incluso intelectual no responden a la necesidad más profunda, más radical que existe en todo hombre: porque el hombre tiene el deseo, como dicen los Padres, del Infinito. Me parece que precisamente nuestro tiempo, con sus contradicciones, sus desesperaciones, su masivo refugiarse en callejones como la droga, manifiesta visiblemente esta sed del infinito, y sólo un amor infinito que sin embargo entra en la finitud, y se convierte directamente en un hombre como yo, es la respuesta" Card. Ratzinger, declaraciones en Zenit, 16 de diciembre de 2003.

¹⁴ "En la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado, es central en concreto la figura del testigo: se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida (cf. 1 P 3, 15), está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza, ha experimentado" Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma, 6 de junio de 2005.

¹⁵ "El cristianismo hoy se presenta como una antigua tradición, sobre la que pesan antiguos mandamientos, algo que ya conocemos y que no nos dice nada nuevo, una institución fuerte, una de las grandes instituciones que pesan sobre nuestros hombros. Si nos quedamos en esta impresión, no vivimos el núcleo del cristianismo, que es un encuentro siempre nuevo, un acontecimiento gracias al cual podemos encontrar al Dios que habla con nosotros, que se acerca a nosotros, que se hace nuestro amigo. Es decisivo llegar a este punto fundamental de un encuentro personal con Dios, que también hoy se hace presente y que es contemporáneo...Si uno encuentra este centro esencial, comprende también las demás cosas; pero si no se realiza este acontecimiento que toca el corazón, todo lo demás queda como un peso, casi como algo absurdo" Card. Ratzinger, declaraciones citadas en Zenit, 7 de mayo de 2004

técnica, sino de saber transmitir vivamente una experiencia integral de fe¹⁶, porque no se trata de “ser heraldos de una idea, sino testigos de una persona”¹⁷. El cristiano-testigo no es alguien que lo tiene todo en orden, que domina la realidad mediante una fórmula. Es un hombre entre los hombres, con la misma exigencia de todos en el corazón, con la misma herida de confusión, debilidad y pecado; la novedad que lleva consigo consiste en haber sido aferrado por Cristo a través de un encuentro gratuito.

13. Anunciar la novedad de la fe, implica también señalar la comunidad que vive la fe con todos sus elementos. Significa invitar a participar en esa gran amistad que no nace de la simpatía humana sino de la presencia de Cristo que obra el misterio de la comunión¹⁸. Por eso, la vida cristiana sólo puede ser comprendida, apreciada y verificada en la comunidad de la Iglesia. Vivir la propia vida en Cristo dentro de la Iglesia es una aventura apasionante. Si bien muchas personas no están en condiciones de comprender y de aceptar inmediatamente toda la enseñanza de la Iglesia, es importante despertar en ellas la intención de creer con la Iglesia. Para que esto se pueda realizar, deben sentirse amadas por la Iglesia, amadas concretamente por nosotros. Así podrán experimentar que en Cristo, la verdad coincide con el amor¹⁹.

14. A lo largo de la historia, la Iglesia ha vivido muchos momentos de especial dificultad para comunicar su propuesta, ya sea por su propia debilidad interna, o por la fuerte hostilidad del ambiente. La misma historia nos enseña que no han sido las estrategias de escritorio las que han dado respuesta a esas situaciones. Por el contrario, ha sido la irrupción inesperada de una personalidad tocada por el Espíritu, la que ha generado una facilidad nueva para comunicar el contenido de la fe y regenerar y extender un pueblo que tal vez languidecía.

¹⁶ "...hace falta ofrecer espacios de vida, de comunión, de camino; sólo a través de experiencias concretas y del ejemplo existencial, es posible verificar la accesibilidad y la realidad del mensaje cristiano" Card. Ratzinger, entrevistas al diario "La Repubblica", diciembre de 2004.

¹⁷ Benedicto XVI, Audiencia general del 22 de marzo de 2006.

¹⁸ "En el bautismo cada niño es insertado en una compañía de amigos que no lo abandonará nunca ni en la vida ni en la muerte, porque esta compañía de amigos es la familia de Dios, que lleva en sí la promesa de eternidad... Esta compañía, esta familia, le dará palabras de vida eterna, palabras de luz que responden a los grandes desafíos de la vida y dan una indicación exacta sobre el camino que conviene tomar. Esta compañía brinda al niño consuelo y fortaleza, el amor de Dios incluso en el umbral de la muerte, en el valle oscuro de la muerte. Le dará amistad, le dará vida. Y esta compañía, siempre fiable, no desaparecerá nunca. Ninguno de nosotros sabe lo que sucederá en el mundo, en Europa, en los próximos cincuenta, sesenta o setenta años. Pero de una cosa estamos seguros: la familia de Dios siempre estará presente y los que pertenecen a esta familia nunca estarán solos, tendrán siempre la amistad segura de Aquel que es la vida" Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad del Bautismo del Señor, 2006.

¹⁹ "...Sabemos bien que muchos de ellos (los jóvenes) no están en condiciones de comprender y de aceptar inmediatamente toda la enseñanza de la Iglesia pero, precisamente por eso, es importante despertar en ellos la intención de creer con la Iglesia, la confianza en que esta Iglesia, animada y guiada por el Espíritu, es el verdadero sujeto de la fe, insertándonos en el cual entramos y participamos en la comunión de la fe. Para que esto se pueda realizar, los jóvenes deben sentirse amados por la Iglesia, amados concretamente por nosotros, obispos y sacerdotes. Así, podrán experimentar en la Iglesia la amistad y el amor que el Señor siente por ellos, comprenderán que en Cristo la verdad coincide con el amor y, a su vez, aprenderán a amar al Señor y a tener confianza en su cuerpo, que es la Iglesia" Benedicto XVI, discurso a la LIV Asamblea de la CEI, 30 de mayo de 2005.

Se aprende a creer viviendo con quienes creen

15. Una buena pedagogía de la fe, nos dice que como mejor se aprende a creer en Dios es conviviendo y practicando las manifestaciones de la fe con personas creyentes que nos inspiren admiración y confianza. En este sentido, la familia a la que en diversos momentos de la historia y, sobre todo, en el Concilio Vaticano II se la llama “Iglesia doméstica” es, en cierto sentido, insustituible en la educación en la fe. Una sencilla observación sobre nuestra propia vida, nos hace caer en la cuenta de que la mayoría de nosotros hemos nacido a la fe gracias a la ayuda de nuestra familia: ¿quién nos ha enseñado a rezar? ¿Cuándo, dónde y cómo hemos aprendido a creer en Dios, en Jesucristo, a invocar a la Virgen María? ¿Quién nos ha enseñado a distinguir el bien del mal? Para muchos la respuesta es una sola: en la familia.

16. La familia transmite la fe como educa. Y educa, conviviendo, es decir, mediante una vida de intensas relaciones interpersonales. Donde se juega realmente la educación del hijo es en el “tejido” de la vida doméstica, en esa red de interacciones entre las personas donde se aprende lo que se vive más hondamente que lo que se escucha o se estudia.

La propia vida de la familia se hace itinerario doméstico de fe. Impregnando la vida doméstica de la presencia de Cristo, la familia educa en la fe, viviéndola²⁰. Todos en ella evangelizan y son evangelizados a la vez²¹. Los padres, como primeros mensajeros de Dios²², sabrán aprovechar las ocasiones favorables para introducir el tema de la fe, con especial sensibilidad para recibir los posibles interrogantes religiosos presentes en el ánimo de los hijos, a veces evidentes, otras ocultos. Buscarán hacerlo siempre con una tonalidad de alegría pascual que no calla o esconde la realidad del dolor, del sufrimiento, de la fatiga, de la dificultad, de la incompreensión y de la muerte misma, sino que sabe ofrecer los criterios para interpretar todo en la perspectiva de la esperanza cristiana²³. La fe no es un peso, sino una fuente de alegría profunda. Es percibir la acción de Dios y reconocer la presencia del bien que no hace ruido. Cuando los padres, ejerciendo un verdadero ministerio catequístico, se esfuerzan en transmitir las principales cuestiones de la fe, en un ambiente familiar impregnado de amor y respeto, dejan en los hijos una huella imborrable y para toda la vida. En este “diálogo catequístico” cada uno recibe y da²⁴.

²⁰ “La Revelación bíblica nos muestra hasta qué punto la vida cotidiana ha sido por generaciones un “lugar teológico” donde Dios ha querido manifestarse y comunicar los dones de su amor. Los vínculos (la pareja humana, la familia, el clan, el pueblo); las funciones vitales (habitar, procrear, nacer, comer, beber, crecer, enfermarse, curarse, morir); las experiencias diarias (amar, trabajar, educar, partir, volver), sirven de argumento a un sinnúmero de relatos a través de los cuales Dios ha revelado su presencia salvadora a los hombres. En los Evangelios sinópticos, las parábolas del Reino están inspiradas en situaciones y hechos cotidianos que, con su simplicidad, son reveladoras de verdades profundas del punto de vista existencial y religioso” APF 123.

²¹ Cfr. Pablo VI Exhortación Ap. *Evangelii Nuntiandi* 71.

²² Cfr. Concilio Vaticano II *Lumen Gentium* 11; *Apostolicam Actuositatem* 11.

²³ Cfr. Benedicto XVI Audiencia general del 28 de noviembre de 2012.

²⁴ Cfr. Juan Pablo II Exhortación Ap *Catechesi Tradendae* 68.

17. Para un niño o para un joven, no hay mejor forma de aprender a vivir como cristiano que practicando la fe con sus padres. Otras herramientas o técnicas pedagógicas y catequéticas ayudarán sin duda a los padres en la educación en la fe de los hijos, pero su vida será siempre el elemento fundamental. Por eso, para que pueda darse una eficaz comunicación de la fe en la familia, es necesario que se vivan en ella relaciones de auténticas cualidades humanas, entre los propios esposos y entre los padres y sus hijos. La familia debe ser un ambiente en el que se aprende a estar juntos, a solucionar las diferencias en el diálogo recíproco hecho de escucha y palabra, a comprenderse y a amarse para ser un signo, el uno para el otro, del amor misericordioso de Dios. El tiempo que reservamos para estar cerca de los hijos, es precioso e indispensable. Ellos no tienen necesidad de “cosas”, sino de más tiempo y de más “calidad” de tiempo, de parte de sus padres. Tiempo para la confianza, la escucha, el diálogo y la alegría del encuentro mutuo.

El gran tesoro de la educación de los hijos en la fe consiste en la experiencia de una vida familiar que recibe la fe, la conserva, la celebra, la transmite y testimonia. Una familia así evangelizada, se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive. La fe unida a la vida diaria nos lleva a confirmar decisiones, cuestionarnos opciones, corregir hábitos y, sobre todo, a sostener criterios de vida²⁵.

En la familia cada uno aprende a dar y a recibir amor

18. Vivimos en una sociedad signada por el relativismo de las convicciones y la provisionalidad de los compromisos²⁶. Los reiterados fracasos en los vínculos amorosos parecen haber provocado una cierta amnesia espiritual en el hombre de hoy que se ha olvidado y casi renunciado al amor para siempre. Amar y ser amado es la más íntima aspiración humana pero está herida y debilitada como capacidad²⁷.

La “distancia cultural” entre las generaciones se acrecienta: los jóvenes no suelen recibir con valoración los modelos heredados de sus mayores. Es comprensible, entonces, que en el ámbito familiar, los padres, al mirar el modo de vida de sus hijos, muchas veces se vean paralizados por el desconcierto, la confusión, el temor al futuro, la falta de respuestas y la crisis de autoridad²⁸. Mientras recela de lo tradicional, nuestra sociedad asimila sin cuestionamientos ni sentido crítico la novedad.

19. La fe en Dios, que es Amor, devuelve a los hombres la confianza en el hombre mismo y en su capacidad de amar. La fe cristiana nos dice que estar vivos equivale a amar y ser amados, y que Dios concede la gracia de poder

²⁵ Cfr. APF 124.

²⁶ Cfr. APF 84.

²⁷ Cfr. APF 42.

²⁸ Cfr. APF 22.

hacerlo y de perseverar en los compromisos para siempre²⁹. Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero³⁰.

20. Los esposos son ministros el uno para el otro del amor y la fidelidad de Cristo que se celebra y se vive en la Iglesia; y, como padres, son imagen y presencia irremplazable de la paternidad de Dios en la vida de sus hijos. Mediante este amor “paterno-materno” los padres se convierten en el primer y más fundamental signo del amor divino, un amor firme y tierno que promueve el crecimiento y despierta la fe. El afecto y la cercanía que sólo los padres pueden mantener con sus hijos pequeños les permiten comunicar una imagen de Dios íntima y cálida que queda grabada para siempre en lo profundo del corazón³¹.

21. La familia está llamada a asumir una nueva pedagogía del amor, que se expresa en el testimonio más que en el mandato y surge de la esperanza más que del temor. Esta pedagogía es capaz de transformar la realidad familiar, asumiéndola cómo es, purificándola de sus errores y elevándola hasta un necesario crecimiento. En cuestiones de amor sólo enseña el que lo vive. Por eso, esta pedagogía del amor se practica no tanto proponiendo ideales abstractos sino posibilidades reales que, por eso mismo, son desafiantes y motivadoras, ya que responden a las aspiraciones profundas del corazón humano³². La comunidad eclesial debe animar a los padres a confiar más en sí mismos y en su autoridad para comunicar valores a sus hijos y no dejar vacante un rol que otros sectores sociales ocupan no siempre de manera saludable³³.

22. En la familia la misma experiencia del amor humano se convierte en lugar del encuentro con Dios y la comunión con Dios sana y dinamiza las relaciones de amor humano: “La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos. La experiencia de ser acogidos y amados por Dios y por nuestros padres es la base firme que favorece siempre el crecimiento y desarrollo auténtico del hombre, que tanto nos ayuda a madurar en el camino hacia la verdad y el amor, y a salir de nosotros mismos para entrar en comunión con los demás y con Dios³⁴.”

²⁹ Cfr. APF 43.

³⁰ Cfr. Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Discurso en el encuentro festivo y testimonial del 8 de julio de 2006.

³¹ Cfr. APF 75.

³² Cfr. APF 79-80.

³³ Cfr. APF 87.

³⁴ Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Homilía del 9 de julio de 2006.

Volver a proponer la transmisión de la fe y del amor en la familia como anuncio renovado de la Buena Noticia de Jesús

23. Sin caer en un falso optimismo superficial e ingenuo, debemos descubrir las nuevas posibilidades, sin dejarnos abatir por las conocidas dificultades. La familia continúa siendo un lugar privilegiado para vivir la autenticidad del amor, y por eso mismo, es un terreno bueno y propicio para sembrar la semilla de la fe. Son muchos los que, aparentemente, se encuentran lejos de nosotros, pero, en realidad, están más disponibles para escuchar una palabra nueva, distinta, que llene de sentido sus expectativas, sus dificultades y alegrías familiares. Hace falta que nosotros sepamos interpretar sus búsquedas y escuchar sus preguntas, muchas veces tácitas, para ofrecerles la respuesta que esperan.

24. Volver a tomar conciencia de la primacía del don de Dios, aleja de nosotros el temor de no sentirnos capacitados para la hermosa misión de educar en los valores auténticos, particularmente la fe y el amor, dentro de nuestra familia. La fe es una gracia y un don de Dios. Transmitirla y comunicarla a los demás, también lo es. El “sí” humano, que reclama la fe, brota de nuestra inteligencia iluminada y de nuestra libertad fortalecida por el mismo don de Dios. El Señor nos elige, gratuitamente, como sus “instrumentos”, y nos llena de fuerza y de entusiasmo. El don se encuentra así, “antes” que la responsabilidad y la tarea. Dios siempre nos pide, lo que primero nos da.

25. No es posible asumir la tarea de la transmisión de la fe como una interesada forma de proselitismo, sino como la expresión de un amor por el cual nos encontramos con los hombres para compartir con ellos “lo que hemos visto y oído” (1 Jn, 1,3)³⁵. La fe implica una decisión personal absolutamente intransferible³⁶. La doctrina católica nos presenta el acto de creer en Dios como un acto esencialmente libre y profundamente personal.

Puede darse también que cuando la fe crece en una estrecha familiaridad con el “universo cristiano”, experimente algunas limitaciones, por ejemplo, puede comenzar siendo una fe infantil, poco fundamentada intelectualmente, no expresamente afirmada en un acto reflejo de libertad. Esta fe necesitará ser reafirmada posteriormente, en la adolescencia, en la juventud, en la madurez y quizás de nuevo en la vejez. La fe es un acto y un estado de la persona que hay que ir renovando y readaptando en cada etapa de la vida.

26. No se puede anunciar la fe al margen de la vida. El anuncio del Evangelio debe relacionarse estrechamente con la vida cotidiana, con la dinámica de los vínculos familiares y con las cuestiones que más afectan a la

³⁵ Cfr. APF 91.

³⁶ Cfr. Concilio Vaticano II *Dei Verbum* 5.

salud espiritual y afectiva de las personas, especialmente los jóvenes³⁷. Por eso es indispensable encontrar modos renovados de expresión de la fe, capaces de acompañar y guiar los distintos momentos de la vida de las personas y las familias: “si el proceso de secularización creció como pretensión de separar la vida de la fe, hoy no se puede anunciar la fe al margen de la vida”³⁸

Además, es bueno tener en cuenta que las palabras cristianas como, por ejemplo, caridad, salvación, pecado, gracia, etc., se han degradado, porque falta la experiencia que permite identificar su significado. Pero como estas palabras expresan la verdad del hombre que el cristianismo ha revelado, en las personas queda un instinto que todavía no ha sido destruido y que permite que esas palabras recuperen su significado. Lo que hace falta es "no dar por supuesto" lo que significan esas palabras, sino re-injertarlas en el terreno de la experiencia cristiana.

27. La familia transmite la fe en los sencillos y ordinarios acontecimientos de su propia vida, cotidiana y doméstica. Al estilo de la vida oculta y fecunda de la Sagrada Familia de Nazaret, donde Jesús “iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría y la gracia de Dios”³⁹. La fe se presenta así, no como algo extraño, como un “añadido” o un “parche” que viene desde fuera, sino como una realidad presente en todas las dimensiones de la vida que va, progresivamente, revelando el sentido profundo de todas ellas. Si la familia vive la fe de un modo simple y auténtico, el aspecto religioso, se convierte para el niño en una referencia espontánea y natural, y Jesús en una presencia cotidiana y amiga.

Jesús, en Nazaret, junto a María y a José, pasó muchos años de su vida en este contexto familiar hecho de oraciones, afectos, obediencia, trabajo y fe. Fue allí donde aprendió a leer profundamente la realidad de las cosas simples de la vida. Sus parábolas son un reflejo de esta atención “sapiente” de las cosas de cada día (el pan, la levadura, los talentos), de las maravillas de la naturaleza (los lirios del campo, los pájaros del cielo), del trabajo del hombre (el campesino, el pastor, la mujer de su casa) y de los pequeños episodios de la vida (la cosecha, el buscar la moneda que se ha perdido). El misterio de Jesús en Nazaret nos enseña que el primer lugar de la fe es la vida cotidiana en la propia casa y en la propia familia.

Para recibir la fe en familia es condición básica un “clima y un modo de vivir los vínculos donde los padres no necesitan ser ni maestros ni catequistas, sino simplemente padres”⁴⁰. En este momento de la historia, en que la existencia humana se ha vuelto particularmente precaria, es tanto más necesaria, la experiencia de “un hogar” donde se puedan desarrollar vínculos interpersonales significativos y duraderos y donde se puedan establecer

³⁷ Cfr. APF 93.

³⁸ APF 23.

³⁹ Lc. 2,40

⁴⁰ APF 94.

relaciones nuevas entre las generaciones, buscando nuevos estilos para comunicar el sentido de Dios y el gusto por la vida, aprovechando la oportunidad que nos brindan los mismos acontecimientos de la familia.

28. Ante la ruptura del tejido social y el creciente aislamiento o soledad de los individuos, especialmente en las grandes ciudades, es urgente reconstruir canales de comunicación y encuentro, buscando el contacto vivencial y vincular con el otro. Muchos vacíos de hogar pueden, entonces, ser atenuados por servicios que presta la comunidad eclesial, familia de familias⁴¹. La comunidad eclesial “tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos”⁴². El saber generar pequeñas comunidades familiares eclesiales, creyentes y evangelizadoras, será siempre un desafío pastoral que tendremos que afrontar con creatividad y empeño.

29. La fe puede ser transmitida en la familia sólo cuando en ésta se educa. La dificultad no se encuentra hoy en que los padres no eduquen cristianamente a sus hijos, sino en que, en realidad, han perdido buena parte de su capacidad educadora en general. Y, si los padres renuncian “por confusión o negligencia a esta tarea no es posible transmitir la vida con un sentido”⁴³.

En el estilo actual de vida, los padres no tienen tiempo para convivir tranquilamente con sus hijos. Muchas veces están toda la jornada fuera del hogar por la necesidad de trabajar, y así, sus hijos están muy poco tiempo con ellos. No hay apenas espacios tranquilos y ociosos, en los que puedan surgir los temas de interés. El influjo de los medios de comunicación⁴⁴ y los avances de la tecnología, como Internet, quitan momentos de convivencia familiar y van ocupando el lugar que dejan “libre” los mayores, reemplazando las tradiciones familiares y religiosas por contextos de vida y mensajes diversos y contradictorios.

Incluso el hecho de que “todo ande bien” es algo necesario, pero no suficiente para encontrar la plenitud en la vida diaria de la familia. Añoramos algo que está más allá del mero funcionamiento del núcleo familiar. Algo que podríamos llamar “intimidad”, algo que existe en una dimensión diferente y que, incluso, a veces surge cuando las cosas en la familia no funcionan tan bien como uno desearía. Algo que no se confunde con el solo hecho de hablar, ni con transmitir información o dar pautas. La información vale, y

⁴¹ Cfr. DA 119.

⁴² Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Discurso en el encuentro festivo y testimonial del 8 de julio de 2006.

⁴³ APF 94.

⁴⁴ “Los medios de comunicación han invadido todos los espacios y todas las conversaciones, introduciéndose también en la intimidad del hogar. Al lado de la sabiduría de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la información de último minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes de los exitosos que han sabido aprovechar en su favor las herramientas tecnológicas y las expectativas de prestigio y estima social” DA 39.

mucho, pero la plataforma y el clima emocional sobre el cual esa información circula es igualmente importante, si no más. Las ceremonias que favorecían la común unión en intimidad, como el fuego nocturno alrededor del cual se sentaban los clanes y las familias, o, más acá, la mesa conversada en la que, además de datos, se compartían sueños y estados emocionales, no son hoy moneda corriente. Todo el mundo anda muy apurado y “con mil cosas en la cabeza”. Sin embargo, no hay duda de que la añoranza de ese tipo de cercanía sigue vigente. La intimidad es un clima o un estado anímico compartido, más que un acto o un elemento en particular. Es una capacidad humana que permite superar el eficientismo desangelado y nos recuerda el para qué y las razones que dan sentido a todo. No surge de un hacer deliberado, sino que aparece a partir de un simple “estar”, que permite que aflore lo que subyace en los vínculos entre los miembros de la familia, sin presiones que dominen la escena⁴⁵

30. Considero una opción pastoral prioritaria en nuestra diócesis, el orientar toda la catequesis hacia la familia, a fin de que se refuercen en ellas los vínculos de pertenencia a la Iglesia, y se convierta la catequesis en una verdadera acción eclesial en el corazón de nuestras familias y una verdadera acción familiar en el corazón de nuestra Iglesia particular.

En el mismo momento en que la familia manifiesta el deseo de que los niños se preparen para los sacramentos de la Iniciación se la debería invitar a hacer un proceso catequístico, que enriquezca su fe, cuestione sus respuestas actuales y proyecte su dimensión misionera y la de cada uno de sus miembros. Muchas veces las simples pero “desarmantes” preguntas de los más pequeños (los clásicos: “¿por qué?”) pueden transformarse para los mismos padres en providenciales ocasiones para retomar algunos interrogantes esenciales sobre la vida, que frecuentemente “arrinconamos” en el fondo del corazón.

A menudo los padres se acercan, después de muchos años, a la comunidad cristiana con ocasión del comienzo de la catequesis de sus hijos y, generalmente, sólo con un propósito sacramental. El desafío que se nos plantea es transformar esta motivación gracias a nuestro testimonio concreto de apertura, amor y hospitalidad, y proponerles recorrer con ellos un camino de fe, tomando como modelo la pedagogía de Jesús en el camino de Emaús⁴⁶, con los siguientes pasos:

- a) Un itinerario de indagación y diálogo fraterno para explicitar sus búsquedas religiosas. Frecuentemente, detrás de un aparente pedido sólo sacramental se esconde una inquietud religiosa real, que está en la misma naturaleza humana y que es necesario explicitar. Para esto

⁴⁵ Cfr. “La esquivia intimidad familiar” de Miguel Espeche para *La Nación*.

⁴⁶ Lc 24, 13-35.

- hay que recibir con caridad auténtica y saber escuchar los profundos y vitales interrogantes de nuestros interlocutores⁴⁷.
- b) Un camino de respuestas vitales, de redescubrimiento de la fe y la esperanza por parte de los adultos como auténticos protagonistas⁴⁸. Sus situaciones, angustias, esperanzas y aspiraciones han de ser interpretadas a la luz de la persona y del mensaje de Cristo.
 - c) Un espacio superador, que no se reduce a la transmisión de un discurso doctrinario y genérico sino que se esfuerza en suscitar y favorecer la opción personal de fe. Esta no se impone sino que se propone y transmite a través de una verdadera experiencia personal, realizada en el seno de la comunidad eclesial.

Cada familia llega a la catequesis desde una situación diversa. Tendremos que recorrer con ellas itinerarios diferenciados con una auténtica pedagogía de acompañamiento. Con un corazón misericordioso como el de Cristo, habrá que tener las puertas abiertas para que todos puedan integrarse, en ella, cualquiera sea su realidad de vida⁴⁹. Especial atención y caridad pastoral deberemos tener para aquellos padres que, participando asiduamente en la catequesis, toman conciencia que ellos no pueden acceder a la Comunión sacramental.

31. En la catequesis de iniciación, el método de la “Catequesis Familiar” debe ser convenientemente promovido en nuestras parroquias, capillas y colegios, sin dejar de ofrecer a los padres la libertad de elegir otra modalidad catequística, de acuerdo a las diversas circunstancias que se encuentren viviendo. En este sentido, animo a las comunidades que han dejado de tenerla por distintos motivos, a que consideren la posibilidad de volver a la misma, subsanando dificultades y desánimos que hayan podido encontrar. En aquellos lugares que aún no han comenzado con la misma deseo, que puedan dar eficazmente los pasos concretos para que en un tiempo no muy lejano se brinde, también en esas comunidades, a aquellas familias que así lo deseen y lo pidan.

El método de la “catequesis familiar”, supone que los padres, o adultos a cargo de los niños, tengan encuentros periódicos y celebraciones en los que reflexionen la Palabra de Dios para iluminar sus vidas y así poder acompañarlos en su Iniciación Cristiana. Es por eso, una privilegiada forma de catequesis de adultos⁵⁰, que incluye la catequesis de niños. En ella se invita explícitamente a los padres a ser los primeros transmisores del mensaje cristiano para sus hijos, siendo a la vez ellos mismos los primeros receptores

⁴⁷ Esto dará lugar a que se incorporen temas actuales como la droga, violencia, sexualidad, inseguridad, responsabilidad ciudadana, etc.

⁴⁸ En el 2º Encuentro Nacional de Catequesis Familiar, los padres agradecieron que se les brindara un espacio para compartir temas profundos. Esto no se les ofrecía en otros ambientes, produciendo un vacío en sus vidas que la Catequesis Familiar vino a llenar.

⁴⁹ Juan Pablo II, Exhortación Ap. *Familiaris Consortio* 77.

⁵⁰ QCF, p. 10; Directorio Catequístico General 95.

del Evangelio⁵¹. Supone, para lograr su verdadera fecundidad, el que exista en la parroquia un proyecto familiar-comunitario, como verdadera “comunidad de comunidades de familias”⁵², ya que si no hay una comunidad cristiana que reciba al catequizando, la catequesis corre el riesgo de volverse estéril⁵³.

32. La educación en la fe comienza desde la concepción. En el origen de todo ser humano no existe el azar o la casualidad, sino un proyecto del amor de Dios. Es lo que nos ha revelado Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y hombre perfecto. Él conocía de quién venía y de quién venimos todos: del amor de su Padre y Padre nuestro⁵⁴. La educación en la fe comienza en el seno materno: allí el no nacido es infinitamente amado por Jesús y donde está el amor de Jesús allí está el amor de la Iglesia. La criatura concebida ha de ser, por lo tanto, educada en la fe, amada y protegida⁵⁵.

Para ello se puede pensar en una auténtica y sencilla catequesis desde el vientre materno hasta los primeros años de vida, que aspire a enseñarles a las embarazadas y a las madres, a hablarles a sus hijos acerca de Dios, de Jesucristo y de los valores de la vida, desde el momento de la gestación. El cariño que el niño recibe desde el vientre de su madre, es un signo de la dulzura, de la suavidad y del amor profundo, eterno y tierno de Dios, que se graba en su manera de ser.

Cuando un papá y una mamá creyentes dan a luz a su hijo, junto con el don de la vida, deberían ofrecerle también, como algo natural y obvio, el don de la fe a través del bautismo, simplemente porque quieren lo mejor para su hijo. De esta manera, los padres no sólo dan la vida a su hijo, sino también la clave para interpretar el sentido de su misterio. La fe es como el amor: el don precede siempre a la respuesta de quien lo recibe. No hay nada más importante para los padres que ofrecer a sus hijos la propia fe, hacerlos hijos de Dios y parte viva de su Iglesia, con simplicidad y convicción, como se ofrecen espontáneamente a los que amamos las cosas más bellas, más grandes, los valores y los sentimientos que más apreciamos. Para la entera comunidad cristiana es esta una privilegiada ocasión evangelizadora ofrecida por el Espíritu de Dios para salir al encuentro de los padres, padrinos y al resto de la familia, con un estilo de respeto y simpatía, y con la suficiente disponibilidad pastoral para acompañar a los más alejados a una verdadera comprensión de la gracia de la fe.

El espacio de vida y de tiempo que se abre entre la concepción y el momento en que el niño comienza su catequesis de iniciación sacramental nos

⁵¹ Conferencia Episcopal Argentina *Juntos para una Evangelización Permanente* 94.

⁵² Ver Juan Pablo II Exhortación Ap. *Catechesi Tradendae* 67 y *Christifideles Laici* 26.

⁵³ Juan Pablo II Exhortación Ap. *Catechesi Tradendae* 24.

⁵⁴ Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Homilía del 9 de julio de 2006.

⁵⁵ Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Discurso en el encuentro festivo y testimonial del 8 de julio de 2006.

presenta un desafío muy interesante: cómo acompañar pastoralmente esta etapa en la vida del niño y de su familia. Si bien la comunidad cristiana no puede sustituir el rol de la familia o de los padres, puede ayudarlos, acompañarlos, comprometerlos en la transmisión de la fe a sus hijos, mediante distintos caminos e iniciativas pastorales que deberán aplicarse con la suficiente gradualidad y adaptación a las distintas circunstancias y contextos, pero con determinación y empeño, como, por ejemplo:

- a) el recibir de la mejor manera a los padres que piden el bautismo para sus hijos y aprovechar esa ocasión para realizar un anuncio de la buena noticia de Jesús que sea lo más oportuna y atrayente posible;
- b) el cuidar la misma celebración del bautismo para que aparezca en toda su riqueza la gracia del Dios que nos ama primero y su dimensión comunitaria-elesial;
- c) el organizar para las familias un sencillo pero eficaz acompañamiento espiritual en los primeros años que siguen al bautismo de los niños, hasta el momento en que comienza la escolaridad, aprovechando el aniversario del mismo bautismo, o la bendición de la casa y de la familia del bautizado, o cualquier otro medio signo familiar y festivo. Nos ayudará en esto las estructuras eclesiales de caridad y de promoción como son nuestros “Centros de Desarrollo Infantil” (CDI) y nuestros Jardines de Infantes, lugares privilegiados de evangelización de las familias jóvenes.

33. La fe no es sólo un evento privado y familiar. Necesita para crecer y desarrollarse de una dimensión comunitaria-elesial. Por eso la madurez en la fe debería coincidir con la progresiva incorporación a la vida de una comunidad cristiana, donde se puedan vivir gozosamente relaciones de amistad y fraternidad, donde se comparta la Palabra de Dios, se celebre la Eucaristía y se desplieguen todas las riquezas que encierra la caridad y el servicio al prójimo.

Un sencillo camino para introducir a los niños en la vida comunitaria es el iniciarlos en el sentido festivo de las grandes celebraciones de la Iglesia. La vida familiar adquiere así un “ritmo litúrgico” marcado por las fiestas centrales de la fe (Navidad, Pascua y Pentecostés), los tiempos fuertes que las preparan (Adviento y Cuaresma), las fiestas de la Virgen y de los Santos patronos, las fiestas locales de la propia parroquia y diócesis, y las devociones tradicionales (mes del Sagrado Corazón, mes del Rosario, mes de María, de San José, etc.). En nuestra realidad del conurbano muchas de estas fiestas vienen ya cargadas del patrimonio de tradiciones de distintas provincias que no podemos perder ni descuidar. Valorar las tradiciones de fe que hemos recibido de nuestros mayores en el seno de nuestras familias es defender nuestra herencia y parte del más hermoso legado que nos dejaron quienes nos han precedido.

Esto se consigue no sólo con la participación en la celebración litúrgica que corresponda, sino también con celebraciones domésticas y sencillas

costumbres familiares que, aún antes de las palabras y las posibles explicaciones, cargan de sentido a cada fiesta, y las convierten en “tradición familiar”. En este camino, puede ayudarnos la experiencia religiosa del pueblo hebreo, donde la fe no se transmite principalmente por medio de catecismos, catequistas u horas de religión, sino a través de una fuerte presencia de la familia. No por medio de definiciones abstractas, sino a través de las distintas celebraciones de la fe. Las fiestas son el lugar donde el niño hebreo recibe la fe. Cada una de ellas es vivida en la familia con especial intensidad. Cada una tiene sus oraciones propias, que la madre hace recitar a toda la familia, especialmente a los más pequeños. Para cada una hay juegos, cantos y colores propios. Y así los niños aprenden celebrando en la vida, escuchando las historias de su pueblo⁵⁶ de un Dios misericordioso, cercano, fiel, presente en la experiencia cotidiana.

Si cada familia sabe encontrar un gesto, un adorno especial que se coloca en casa; una comida o dulce que se prepara para tal ocasión, un regalo que se espera en determinada fecha, un detalle de amor para con los que menos tienen, etc., los niños, sin especiales esfuerzos de memoria, fijarán indeleblemente estos momentos, y entrarán, gradual, simpática y gozosamente en la atmósfera y en el mundo de la fe.

Las celebraciones familiares se transforman así en un momento singular del “tejido” de la vida familiar y de la celebración de la fe. Cuando la celebración de los sacramentos se convierte también en celebración familiar, la piedad popular se entrelaza convenientemente con la pedagogía sacramental de la Iglesia. Hay muchos ejemplos y cada uno de nosotros podría dar testimonio de aquellos que han marcado la propia vida de fe: el “altar familiar”, ese lugar de la casa adornado, iluminado, querido, respetado, donde rezamos en familia y donde se encuentran nuestras devociones junto a las fotos de los seres queridos que ya no están con nosotros; el armado del Árbol de Navidad y la preparación del Pesebre familiar; las “peregrinaciones” en familia a los Santuarios entrañablemente queridos; la aspersion con agua bendita antes del descanso nocturno; el rezo del Rosario en familia; y tantos otros que nos han ayudado en el camino de la fe y que recordamos con nostalgia y agradecimiento, que repetimos con emoción y que no debemos olvidar ni descuidar.

34. El momento más intenso y significativo de la comunicación de la fe para las familias y la comunidad es la celebración eucarística dominical. Allí, de generación en generación se transmite la Memoria del Señor⁵⁷ muerto y resucitado y allí se proclama y celebra el Misterio de la fe por excelencia.

⁵⁶ Baste recordar la hermosa pregunta que, durante la fiesta de la Pascua (Pesach) el más pequeño de la familia hace el más anciano de los presentes: ¿Qué hace que esta noche sea distinta a todas las otras noches?

⁵⁷ Cfr. 1 Cor. 11, 23 ss.

El ausentarse de la vida litúrgica de la comunidad no significa sólo quedarse personalmente sin la fuente de vida cristiana y sin el alimento que sostiene la vida del creyente; significa, además, no colaborar en la construcción de la Iglesia. Cuando las jóvenes generaciones se alejan de la Eucaristía dominical, empobrecen a la Iglesia, la debilitan y la disminuyen. Así lo señala un antiguo texto cristiano: “Que no falte nadie a la asamblea, antes al contrario, que sea fiel a reunirse en ella. Que nadie disminuya a la Iglesia por no asistir a ella, y que así no disminuya en un miembro el Cuerpo de Cristo”⁵⁸.

Para facilitar que los niños se vayan introduciendo progresivamente en la participación activa y consciente de las Misas habituales de toda la comunidad cristiana, sería muy oportuno aprovechar todas las posibilidades que la misma liturgia nos presenta. Deseo, por lo tanto, que se vuelva a estudiar el modo en que, en cada comunidad parroquial o educativa, pueda implementarse lo que se señala en el “Directorio litúrgico para las Misas con participación de niños”.

35. La oración es un elemento central en la comunicación de la fe en la familia. La calidad de la oración muchas veces depende de la profundidad de las relaciones que se construyen dentro de la misma familia. Y viceversa: las relaciones familiares se ven enriquecidas, fortalecidas y vivificadas por la oración en común. En efecto, en la oración se unen los sentimientos, se supera la superficialidad, se va más allá de las cosas que no cuentan, se encuentra la unidad, se gusta la paz, y Jesús se hace presente en medio de los que se aman. Hay que valorizar formas simples y tiempos precisos de oración en familia, sabiendo encontrar en las principales oraciones del cristiano una verdadera fuente de vida espiritual doméstica, explicando a los más pequeños, con palabras sencillas, lo que cada oración encierra como tesoro. No se deje de rezar en familia sobre todo en los momentos difíciles, de prueba o de dolor.

36. Frecuentemente el acompañamiento espiritual de los niños en la primera infancia está, entre nosotros, reservada a la presencia preciosa de los abuelos. Ellos pueden ser —y son tantas veces— los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias y nos ayudan a comprender que cada familia es una “comunidad de generaciones”. Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe y de esperanza ante la cercanía de la muerte⁵⁹

37. Un hermoso signo de apertura a lo nuevo, en nuestras comunidades, será el buscar quienes quieran desempeñar en ellas un auténtico

⁵⁸ *Didascalia Apostolorum* 13.

⁵⁹ Benedicto XVI, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (España), Discurso en el encuentro festivo y testimonial del 8 de julio de 2006.

“ministerio de la hospitalidad familiar”, para realizar una pastoral de acercamiento a las nuevas familias. Este ministerio facilitará la atención, la escucha y la cordialidad, a quienes se acercan por primera vez, después de un largo tiempo, a nuestras comunidades. Muchos buscan con sinceridad un camino de mayor autenticidad en la vida, que los aleje del vacío y del sin sentido en que a veces se vive. Ellos necesitan quien los reciba en nuestras comunidades y les transmitan el gusto de vivir más activamente el don de la fe en la Iglesia. Por el contrario, si los padres se sienten fuera de la Iglesia o no sienten su apoyo, acogida y comprensión, corremos el riesgo de perder a la generación futura⁶⁰.

Particular atención pastoral requieren, en este sentido, quienes acuden a la Iglesia para celebrar su matrimonio. Ellos “no deberían encontrar una oficina burocrática, ni un tribunal que los examina, ni mucho menos un lugar que ofrece un simple listado de aranceles y rebajas”⁶¹. El anuncio de la Buena Noticia se presenta aquí como una tarea delicada y a la vez desafiante. Una “frágil o pobre experiencia religiosa puede dificultarles al comienzo la apertura a recibir el anuncio del amor matrimonial cristiano; y a pesar de acudir a la parroquia pidiendo la celebración de su matrimonio, no es de extrañar que guarden cierta distancia de la Iglesia como institución”⁶². La preparación próxima de quienes desean contraer matrimonio nos brinda la posibilidad de realizar con ellos un “itinerario de fe”, al estilo de un “camino catecumenal”, que les permita como un nuevo descubrimiento de la fe y de los sacramentos⁶³, privilegiando la calidad del mensaje comunicado por sobre la cantidad de contenidos propuestos⁶⁴.

La experiencia pastoral enseña qué importante es el acompañamiento de los jóvenes esposos y padres. La Pastoral familiar deberá ofrecer alternativas creativas de acompañamiento y animación para que los matrimonios jóvenes encuentren en la experiencia comunitaria de la fe un espacio de salvación para sus vidas y un alimento de su espiritualidad conyugal⁶⁵. Será muy importante poder convocarlos a este tipo de experiencias pastorales a partir de un vínculo cercano generado por otros matrimonios y el sacerdote de la comunidad que corresponda. En esto puede ayudar el recurso a la Informática que nos permita tener al día algunas informaciones útiles como los aniversarios matrimoniales, los nuevos nacimientos, los cumpleaños,

⁶⁰ Con amor y preocupación pastoral debemos estar cerca de las personas que viven en situaciones irregulares, de acuerdo al magisterio del Beato Juan Pablo II, expresado en *Familiaris Consortio* 84, donde nos indica caminos concretos para que “no se consideren separados de la Iglesia”, y a lo que indica APF 137: “Aún privados del acceso a la Eucaristía, estos hermanos necesitan encontrar en la Iglesia que es en Cristo como un sacramento de la unión íntima con Dios, una instancia de comunión que los salve... la vivencia comunitaria de la fe puede hacer aportes muy valiosos para acompañar estos procesos... en un clima de afecto y respeto, diálogo y oración... para que puedan continuar sus vidas con esperanza y vivir como cristianos”.

⁶¹ APF 106.

⁶² APF 107.

⁶³ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Ap. *Familiaris Consortio* 66.

⁶⁴ Cfr. APF 109.

⁶⁵ Cfr. APF 125.

los duelos, y todas las demás fechas en las que es oportuno un acercamiento de la parroquia a las nuevas familias que la componen.

38. Si bien la responsabilidad de la familia en la transmisión de la fe se dirige en primer lugar a los niños, no puede dejar de lado el mundo de los adultos que se encuentran lejos de una vida de fe. La cuestión de ser, permanecer o volver a ser cristiano en la etapa que va de los treinta a los cincuenta años aparece cada vez con más urgencia. La exigencia de acompañar de forma idónea la fe de los adultos, impone a nuestras comunidades un plus de reflexión, de compromiso, de creatividad, sabiendo que debemos encontrar caminos menos estructurados y más personalizados.

Quisiera recordar aquí una interesante experiencia que encontré en la parroquia “María Madre de la Iglesia” que se me confió, como párroco, en el sur de la ciudad de Rosario. Existían allí “pequeñas comunidades de matrimonios” que, durante un año, desarrollaban en pequeños grupos, de 4 a 6 matrimonios, una sencilla “catequesis de matrimonios”. Se reunían semanalmente en la casa de alguno de los integrantes del grupo, para crecer juntos en la fe. Utilizaban la Palabra de Dios, el Catecismo de la Iglesia Católica y unas fichas que preparaban para desarrollar un tema catequístico en 3 o 4 encuentros. Al finalizar un tema, aproximadamente cada mes, se reunían todas las pequeñas comunidades en un encuentro general, para una puesta en común. Era la ocasión para la integración de todos a la comunidad parroquial y para encontrarme con ellos, repasar el tema catequístico que habían profundizado, resolver dudas y contestar sus preguntas. Puedo poner a disposición de quien lo desee el material que aún hoy siguen utilizando en esa fecunda catequesis matrimonial y compartirles algunos detalles de su metodología.

La familia encuentra aquí una auténtica “dimensión misionera”: las relaciones familiares, los vínculos profesionales y laborales, los lugares de esparcimiento y de dolor y sufrimiento, donde se encuentran padres y madres, y donde se ayudan y sostienen; y las diversas circunstancias que ofrece la vida social y las amistades, son ocasiones y lugares muy propicios para un primer, cotidiano y “ordinario”, y por eso mismo indispensable, anuncio del Evangelio.

El compromiso misionero de las familias creyentes requiere sabiduría y coraje para experimentar una gran apertura en relación con los demás y llegar a otras familias, a los padres de los amigos de los propios hijos, a familias que no pertenecen a la propia comunidad, a los vecinos, etc. El saber recibir “en casa” con una sonrisa, con un gesto amigable y amable, es un gesto tácito de misión evangelizadora que conquista el corazón de aquellos a quienes vamos a proponer la fe y el seguimiento de Jesús.

39. Íntimamente ligado al testimonio de la vida de fe en la familia se encuentra el ámbito de la responsabilidad educativa, donde la transmisión de la fe genera y promueve el crecimiento armonioso de toda la persona. Para una familia creyente la educación de un hijo no puede prescindir jamás de la propuesta de la fe.

La educación, y especialmente la educación cristiana, es decir, la educación para forjar la propia vida según el modelo de Dios, que es amor, necesita la cercanía propia del amor. Sobre todo hoy, cuando el aislamiento y la soledad son una condición generalizada, a la que en realidad no ponen remedio el ruido y el conformismo de grupo, resulta decisivo el acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido.

De modo particular, los padres tienen el derecho y el deber de participar en la vida de nuestros Colegios. Su presencia, incluso organizada al estilo de la “Unión de Padres”, ofrece una notable contribución a nuestras comunidades educativas. Esta forma de participación debe ser fomentada a fin de que los padres, en comunión con el cuerpo docente, puedan conocer, compartir y apoyar la entera propuesta educativa de cada Colegio. Sería muy conveniente desde el punto de vista pastoral y de la comunicación de la fe a nuestras familias, que los Colegios parroquiales y congregacionales se sigan ocupando con renovada fuerza y creatividad del crecimiento en la fe no sólo de sus alumnos sino de las familias a las que estos pertenecen, mediante retiros, cursos y la organización de oportunas “escuelas para padres”.

La comunidad cristiana debe hacerse presente en ayuda de los padres, primeros protagonistas en esta cuestión, para no dejarlos solos frente a este desafío educativo, ofreciendo distintas propuestas e iniciativas, llevadas a cabo por la Infancia y Adolescencia Misionera, la Acción Católica y los distintos movimientos y asociaciones, creando así una verdadera “alianza educativa” entre cada familia y estos grupos, buscando juntos el crecimiento armonioso y creyente de los niños, adolescentes y jóvenes.

40. La comunicación en la fe, que no es un complejo de nobles ideas o de bellos discursos, sino una vida de acuerdo al Evangelio, se realiza mediante un intercambio constante de amor sencillo y sincero, como servicio que se expresa en miles de detalles y atenciones recíprocas que se dan en la vida cotidiana. Por eso, que en cada familia no falten los momentos en que se pueda gustar la belleza del estar juntos como hermanos⁶⁶.

Es muy importante para el crecimiento en la fe y en el amor, que se cultiven en ellas valores que abran a sus miembros a la vida y al mundo; sentimientos de concreta solidaridad hacia quienes se encuentran en dificultad y se experimenten momentos de verdadera gratuidad para ofrecer las propias

⁶⁶ Cfr. Salmo 132.

energías y los propios recursos en favor de los más necesitados. En la familia es donde se adquiere el hábito de los pequeños gestos de amor y de ternura, los sacrificios que benefician al otro, las generosidades y el compartir. Tienen que saber los niños que Dios es el impulso que nos lanza hacia los demás y nos convierte en un permanente regalo para los otros. En este contexto de amor, la fe es capaz de manifestar toda su espléndida belleza y su fuerza renovadora.

41. Para los padres, introducir a la vida y a la fe a sus hijos, significa enseñarles que la vida es un don precioso y una vocación singular. No hay nada más hermoso que lo que Dios ha pensado para cada uno de nosotros. Por eso, los padres tienen la grave responsabilidad de hablar a sus hijos del misterio de la vocación, del hecho de que Dios tenga un proyecto sobre ellos. No deben obstaculizarlo ni deben temer nada: porque el deseo de Dios sobre una persona representa su bien más grande. Crecer en la certeza de ser hijos amados del Padre, que está en los cielos, vivir cada día teniendo como referencia el mandamiento nuevo del amor, sentir la alegría de formar parte de la gran familia de la Iglesia, son experiencias que predisponen a un niño y a un joven a comprender la propia vida como “vocación”.

En este año vocacional diocesano que estamos celebrando no puedo dejar de pensar que en un tiempo era muy frecuente que los padres pidieran a Dios el don de la vocación sacerdotal o religiosa para algunos de sus hijos y que, incluso, interiormente ofrecieran al Señor a sus hijos, al nacer o al bautizarlos. Hoy, en cambio, sucede que en las familias, incluso en las más comprometidas en la pastoral de nuestras comunidades, esta posibilidad parece no tenerse en cuenta. ¡Dios quiera que esto no ocurra entre nuestras familias! Por el contrario, en ellas se favorezca, dentro del respeto a la libertad y la autonomía de los hijos, verdaderos deseos de consagrarse a Dios en la vida sacerdotal y religiosa, considerando una posible vocación como una particular bendición de Dios sobre la propia familia.

42. En esta Carta quise hacerles presente lo que el Beato Juan Pablo II advertía al comienzo de su pontificado: “la evangelización en el futuro depende en gran parte de la “Iglesia doméstica”... escuela del amor, del conocimiento de Dios, del respeto a la vida y a la dignidad del hombre”⁶⁷ y lo que Benedicto XVI llama el “desafío decisivo para el futuro de la fe, de la Iglesia y del cristianismo, y por tanto la prioridad esencial de nuestro trabajo pastoral”⁶⁸, que es el acercar a Cristo a la nueva generación, es decir, el transmitir la fe a los niños, adolescentes y jóvenes, para que entablen con Él una relación duradera y profunda. Para continuar profundizando la realidad pastoral de nuestras familias, que constituyen un recurso decisivo para la educación en la fe, para la edificación de la Iglesia como comunión y para su

⁶⁷ Juan Pablo II, Discurso en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 28 de enero de 1979.

⁶⁸ Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma, 11 de junio de 2007.

capacidad de presencia misionera en las situaciones más diversas de la vida, así como para ser levadura en la cultura y en las estructuras sociales, he decidido que celebremos, como diócesis, un Año especial dedicado a la familia, que comenzará en el próximo Adviento.

43. Nuestra fe no es algo del pasado. Puede vivirse hoy. Viviéndola encontramos realmente nuestro bien. No podemos guardar para nosotros la alegría de la fe; debemos difundirla y transmitirla, fortaleciéndola así en nuestro corazón. Creer es adoptar una forma de vivir; y como a vivir se aprende en los primeros años y en familia, es ahí donde la persona vive la primera comunidad creyente. En ella se transmite a los hijos que Dios está con ellos, en el trabajo y en el cansancio, en la alegría, en el dolor, en los éxitos y en los fracasos. Hablar a los niños del amor de Dios les da seguridad; rezar por otras personas les contagia fraternidad; compartir les enseña solidaridad y justicia; acostarles explicándoles que Dios está dentro de su corazón y los envuelve con su amor los sana de todos sus miedos. Dar gracias a Dios por ellos aumenta su autoestima y seguridad para la vida. Saberse amados por Dios les ayuda a gozar del abandono en Él.

Les deseo a los padres que puedan vencer delante de sus hijos, el temor, la timidez, la falsa vergüenza, los prejuicios y el respeto humano, que no se queden “mudos”, como con la boca abierta sin poder decir nada ni pronunciarse; que la conciencia de que el Señor confía a ellos el crecimiento de un hijo de Dios, de un hermano de Cristo, de un templo del Espíritu Santo, de un miembro de la Iglesia, los aliente en su tarea de afianzar en el alma de los hijos el don de la gracia divina y que encontrando el “timbre de voz” dulce y familiar, cotidiano y doméstico de María, de su canto y de su alegría, puedan proclamar con firmeza, gozo y fe, que el Señor Jesús ha resucitado y vive, y nos ama, y está en medio nuestro.

44. Según el Evangelio de Lucas, es María quien recibe el anuncio del Ángel. En San Mateo, en cambio, es San José. En realidad, es el modo en que el Evangelio expresa que el anuncio se dirige a los dos, como esposos. A la Virgen y al Justo, enamorados. Dios se hace presente en nuestras relaciones, habla dentro de nuestras familias, dentro de nuestros hogares, en los diálogos, en los dolores, en las alegrías, en las crisis, en las dudas. Y allí crea oasis de verdad y de amor, que rescatan el corazón del desierto de la soledad y del vacío. Dios no quita espacio a nuestras familias. Busca en ellas un “sí” plural, que es la suma de los corazones, de sus sueños, de sus ilusiones, de sus esfuerzos.

En Caná de Galilea⁶⁹, en el contexto festivo de una familia que celebra y vive el amor dentro de una pequeña comunidad de parientes, amigos e invitados, entre los que se encuentra la Madre de Jesús, el Señor transforma el

⁶⁹ Cf. Jun 2,1-11.

agua en vino, la tristeza de los esposos en gozo duradero y la pobreza del desánimo y la desconfianza en la riqueza de la fe.

Confío los abundantes frutos que esperamos del próximo “Año de la familia” a la Virgen Santísima, Madre y Esposa en Nazaret, Señora en las cosas simples y Reina en su familia y en las nuestras, y a San José, Custodio de Jesús, para quien fue papá previsor y atento, capaz de intuir el peligro, de levantarse de noche y de tomar al Niño y a su Madre para defenderlos y protegerlos.

¡Que la Sagrada Familia haga de nuestra Iglesia diocesana una familia y de cada una de nuestras familias, una “pequeña Iglesia”!

Que el Señor nos conceda siempre la alegría de creer en él, de crecer en su amistad, de seguirlo en el camino de la vida y de dar testimonio de él en todas las situaciones, de forma que podamos transmitir a quienes vengan después de nosotros la inmensa riqueza y belleza de la fe.

¡Los bendigo de corazón!

San Miguel, 3 de marzo de 2013
+Sergio Alfredo Fenoy
Obispo de San Miguel en la Argentina

SIGLAS Y ABREVIATURAS DE LOS DOCUMENTOS CITADOS

- APF** **Comisión Episcopal de laicos y familia de la Conferencia Episcopal Argentina** *Aportes para la pastoral familiar de la Iglesia en la Argentina* (2009)
- DA** Documento conclusivo de la **Vª CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE**, *Documento de Aparecida*.